

El impacto de la realidad de Esmeraldas

Hace un mes que llegué a estas tierras, y no he dejado de sorprenderme. La realidad me está afrontando a mí, antes de que pueda analizar como implicarme y comprometerme (Credo Adsis nº 2). Todos los sentidos se me conmueven al ver una ciudad, un barrio y unos sectores, donde se activa la memoria de mi infancia y me remonta a hace cuarenta años. Las casas, las calles, todas las cosas parecen rotas o a medio hacer. En un contexto natural hermoso por la vegetación, el mar, el grandioso río y su precioso manglar, el inmenso pacífico salpicado de petroleros, el cielo azul o nuboso; contrastan la creación de Dios y la construcción humana.

Cuánta injusticia y pecado, (C. 0) en historia acumulada de colonialismo e imperialismo, que impiden el crecimiento sostenible de pueblos y culturas. Sobresalientemente, el paisanaje destaca en profundidad y belleza en el duro contexto urbano. Qué miradas profundas de los niños, qué sonrisa alegre de los jóvenes, qué belleza afro, originaria, criolla donde descubrir el rostro del Creador en la criatura.

Hace una semana me retiraba a un oasis de silencio y paz en el monasterio de la Trapa, donde serenar los sentidos y hacer lectura creyente de esta realidad, para aquilatar el corazón y refrescar la memoria. Para poder poner palabra a la Palabra, y así comunicar, el impacto de la realidad desde el Señor. La liturgia de las horas, en sus preciosos acordes y cantos, de una comunidad de treinta mojas de mayoría con rostro joven y de la tierra, pusieron contexto adecuado para "Orar en un mundo roto".

El desafío de la interioridad.

Voy percibiendo que esta vocación Adsis sólo es sostenible en el Señor. Si cada día me abro a Dios en el tiempo de la oración personal, logra el Señor en mí ese hombre interior, capaz de vivir el impacto en la esperanza; ayudándome a situar el cabreo que me produce esta realidad injusta estructuralmente, a causa de un sistema globalizado para el enriquecimiento de pocos y la exclusión de muchos.

La voz de Dios, en la palabra que expresa la vida de la gente, me hace descubrir su voz en el eco de la Palabra acogida personal y comunitariamente. Así puedo situar poco a poco esta realidad, para poder vivirla en la paciencia y la misericordia, en la resistencia del corredor de fondo, con amor y por amor de Aquel que nos libera de tantos criterios y esclavitudes.

El Señor, por pura gracia, me ayuda a vivir la desgracia de tantos como ocasión para estar presente, sin más pretensión que acompañar, desde la impotencia de no saber qué decir, qué hacer; aprendiendo a estar desde Él y a mirar compartiendo la risa o el llanto, sin más interés que el de la persona con la que te encuentras o te solicita conversar, confesar, visitar o simplemente estar.

Las celebraciones de la Eucaristía en la casa con los hermanos/as, con los Adsis junior y asociados, en la parroquia con la gente, catequistas y otros hermanos de movimientos eclesiales, son ocasión para activar el deseo de Dios en nuestra vida y compartir la entrega de Aquél en quien tiene sentido la entrega de la propia vida.



Supongo que la vivencia interior en particular, ira adquiriendo matices que aún no logro captar, pero intuyo que el Señor me irá citando a nuevas percepciones de su presencia en esta historia.

El reto de la comunitariedad.

La comunidad la siento hoy, como la casa donde acogernos y recogernos de la intemperie del impacto de la realidad, para poder vivir juntos desde el Señor. Me siento querido por la fraternidad que el Señor posibilita entre nosotros. La comunicación en lo cotidiano la percibo como signo de la vocación en la que el Señor nos ayuda a compartir lo que somos, tenemos y hacemos cada uno. Parece que nos conociéramos de toda la vida por la espontaneidad en el decir y decirnos; siendo tan plurales y diversos, es fácil confluir en la mirada común.

La casa, con sus tareas y ritmos, posibilita compartir percepciones sobre la vida en el cada día, contando que, salvo una hermana, somos todos nuevos y bien liados en las tareas de matrimonio y crianza del pequeño Óscar que es la alegría de la casa, las tareas profesionales en la PUCESE, la parroquia. La pregunta de una cooperante sobre el celibato en una cena, pone de manifiesto la originalidad de esta vocación y el don que nos concede a algunos para significar una familia a la que nos convoca Jesús, para realizarla en medio de este mundo roto.

El reto de la comunidad por ser significativa en medio de este pueblo joven y empobrecido, da la medida de la comunión del Movimiento, que hace posible la presencia no tanto en la eficacia del servicio, sino en la permanencia de la fraternidad, cuando la gente te expresa, con el nombre de hermanos que por aquí pasaron, la memoria de la vida compartida.

Espero que podamos, con la ayuda del Señor, dar mayor continuidad en los hermanos, para que la presencia sostenida en el tiempo dé estabilidad en el acompañamiento de las personas y de sus procesos.

La urgencia por el compromiso.

La realidad que impacta me habla de la urgencia por la liberación, y nos reclama a la paciencia activa, en esta realidad que tenemos que ir asumiendo, pues es en ella donde Dios nos cita a ampliar la tienda del servicio a otros, en un contexto donde en cada calle hay una tienda de todo, pero en pequeñas cantidades y no muchas calidades.

A mí como presbítero, la realidad pastoral parroquial, por novedosa en las personas y en la forma de las tareas y en los ritmos de las personas, me invita a ver, oír y aprender los nuevos tiempos en nueva cultura. La atención a las personas va siendo más central que lo organizativo que ya está en marcha, y a lo que me tengo que ir acostumbrando, pues los tiempos de las personas, como los de Dios, no siempre coinciden con lo que a mí me parece.

Las celebraciones eucarísticas son participadas y organizadas por los diferentes grupos, y a mí me toca intentar hacerme entender en sus entendederas, aunque la clave voy viendo que es hablar al corazón, como lo hacía el Señor y como

necesitamos todos. El lenguaje afectivo es "aquí y ahora" y "con esta gente" el lenguaje efectivo.

La vida de la gente me interpela por su sencillez y por su fe. Una fe contra toda prueba dura de la vida, como los enfermos mayores y las madres del niño y el joven postrados en una cama y en silla de ruedas; sus madres, entristecida una y llorosa otra, reclamaban el gesto cercano, más que la palabra respuesta. Cuánta fortaleza en tanta debilidad, sólo puede ser de Dios en ellas.

La PUCESE, sólo conocida más por el tiempo que le dedicáis los hermanos/as que por mi presencia, que ha sido muy puntual y esporádica, de visita y conocimiento del lugar y los espacios. Espero que al año que viene, una vez situado en la parroquia, pueda ser más activa en lo docente y en lo pastoral.

Los jóvenes y los pobres en cuasi identidad, me van siendo rostros conocidos, pero no aún nombrados, más porque se me hacen desconocidos sus gentilicios, que porque no me vayan quedando en la memoria y poco a poco en el corazón. Los hermanos aquí presentes durante diecisiete años nos harán recoger frutos de la cosecha que Dios quiera, que suyo es el campo y Él quien le da crecimiento, que nosotros pongamos constancia para verlo.

La comunión del Movimiento en la presencia me va haciendo sentirme más ecuatoriano y esmeraldeño, sin olvidarme que soy español y por más señas asturiano. Cómo recuerdo la tierra, la gente, la familia, los hermanos/as de toda la vida. Soy vocación tardía en esto de la "misión ad gentes", pero las ocasiones te las da el Señor y los hermanos en tiempo y lugar que uno no escoge sino que acoge. "Gracias" es la palabra que quiero decir hoy desde el corazón, para retener cada día en la memoria.

Fernando Malanda

(Esmeraldas, diciembre 2008)